

EL DIARIO DE AVISOS

PERIÓDICO DE LA TARDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Lorca, al mes. una peseta
Fuera, trimestre. tres »

AÑO I.—NÚM. 25

Lorca, 1.º Diciembre 1902

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Corredera, núm. 35

ADVERTENCIA

En breve quedará instalada esta Redacción en el local que ha ocupado El Siglo XX, Corredera, 35.

Aviso interesante

Queda abierto, desde hoy, al servicio del público, el horno situado en el Carril de Gracia, número 26, por el afamado Pastelero murciano, el cual ofrece pan excelente.

Se admite caserío desde las 8 de la mañana hasta las 11 de la noche, como también asados de todas clases y pastas finas del ramo de restaurant; se hacen pasteles de todas clases para dentro y fuera de la población. Servicio permanente.

No equivocarse: Carril de Gracia, núm. 27. Servicio á domicilio.

MAS POR LOS POBRES

En el correo de ayer recibió el Director de este periódico, la carta que insertamos á continuación. Una suscriptora, según dice la firma, nos la envía. La hemos leído con mucho gusto, pues en ella revela que no son el dedal y la aguja lo que únicamente tiene costumbre de manejar, sino que también la pluma la usa con facilidad y perfección extraordinarias.

Lamentamos la desdichada circunstancia que, á lo mejor, la ha obligado á interrumpir la epístola; pero nos consuela la promesa de que volverá á escribir; y por si lo hace, como le suplicamos, rogámosle, al mismo tiempo que, aunque sea muy en secreto, nos diga su nombre.

Y ahora allá va la carta de la discreta y desconocida suscriptora de EL DIARIO DE AVISOS.

Sr. Director de EL DIARIO DE AVISOS.

Distinguido señor mío: Perdonará que le dirija esta carta, que si por lo mal escrita merece no leerse, por lo bien intencionada es acreedora á una acogida benévola. No tengo con V. amistad ni conocimiento alguno; así es que carezco por completo de títulos para que me preste la atención que yo deseo; pero como supongo que la cortesía que al sexo bello se debe, habrá de

hacerle que pase su vista por estos renglones, sin escrúpulo ni vacilación, le envío estas cuantas cuartillas de papel, escritas con letra bien apretada y diminuta, y en las que le digo cuanto siento y pienso respecto al ya zarrandeado asunto «Por los pobres» que inició Cardenio en el primer número de ese periódico, y que estos últimos días ha retoñado con visos mayores y mayor desarrollo.

Soy lectora asidua de EL DIARIO DE AVISOS, que aunque pequeñito y humilde, según él afirma, á mí me es simpático; y he de confesar á usted que, cuando leí el artículo de Cardenio, sentí impresión honda y comprendí que el espiritual escritor se inspiraba en una necesidad verdadera y que movía su pluma un impulso verdaderamente cristiano. Es, Cardenio, con su prosa delicada, al par que brillante, quizás el literato lorquino que más agrada á las mujeres; hay en la construcción de sus párrafos una dulzura y un encanto indefinibles, de los que ni él mismo se habrá, tal vez, apercibido y que cautivan los corazones femeninos; en el telar en que fabrica sus escritos, la urdimbre es de seda y la trama de oro; es una tela suave y vistosa la que sale de sus manos. Si el sentimiento es generoso y noble la idea, como ha ocurrido ahora, entonces el afligido prosista adquiere vuelos mayores y mayor relieve, y no sólo seduce y deslumbra con los primores de su estilo, sino que impresiona y conmueve las almas.

En mi calidad de mujer, y mujer hacendosa, me ocupo sólo de los quehaceres de mi casa, que, para mi desdicha y aburrimiento, son muchos, y á mi dedal y á mi aguja me atengo, sin mezclarme para nada en aquello que sea ageno al cuidado de mi marido y de mis hijos; pero la intervención en el asunto de que se trata de Blas Solo, que en estilo donoso y fácil arremete contra Cardenio, no lanza en ristre, sino con la burlona risa en los labios, en defensa de las señoras, como si las señoras hubieran sido ofendidas y necesitaren paladín que las defendiera, ha hecho que yo arroje la escoba, prosaico atributo de mi sexo, y cogiendo la pluma emborrone un poco de papel para decir lo que el caso requiere.

Hacen muy mal Blas Solo y Cardenio en andar con dimes y diretes que á nada conducen respecto á la reconstrucción de la torre de San Francisco; no están en lo justo ni el uno ni el otro y lo están ambos. Ciertamente que no es una obra de mérito arquitectónico la ruinosa

torre del viejo templo; que el arte nada perdería con su derribo, que oculta á nuestros ojos un pedazo del cielo, que corta las bellas perspectivas de horizontes lejanos; pero yo, con franqueza, sentiría mucho su desaparición; junto á esa iglesia nací, esa torre proyecta su sombra sobre mi casa; sus campanas son las que he oído toda mi vida, las que con sus alegres repiqueteos ó sus pausados y melancólicos tañidos acompañaron en mi niñez los sucesos prósperos ó adversos de mi familia, y doblaron á muerto cuando expiró mi padre, y sonaron regocijadas al bautizar á mis hijos. Allá en la cornisa más alta, hacen su nido gorriónes y golondrinas; ¡cuántas veces he seguido con la mirada á unos y otras y les he visto con su revoloteo á aquéllos, con su vuelo rápido y seguro á éstas, llegar á los calientes nidos donde les esperaban sus hijuelos hambrientos! ¡Qué sería de los pobres pájaros, si la vetusta torre no les diera amparo, no les ofreciera asilo! ¡Pobre torre, á cuya sombra he vivido! ¡Obra de inhábiles artífices, si á tierra vinieras, si fueras convertida en escombros, me parecería que algo se derrumbaba también dentro de mi ser, allá en las reconditeces del alma, y las lágrimas rodarían por mis mejillas pálidas, como si dejara de ver para siempre una buena y antigua amiga!

Así es que tiene y no tiene razón Cardenio; ningún interés artístico aconseja que la torre permanezca en pie; pero tampoco hay ninguna necesidad de su demolición. Consideraciones de género romántico serán, pero de gran peso para los espíritus femeniles, las consideraciones que demandan reparar los desperfectos y hacer que la vieja torre no doble su cabeza, rendida por el tiempo, ni se derrumbe á los embates del huracán.

No anda muy razonable Blas Solo á juicio mío, ni en la intención que le guió á escribir su carta, ni en las sutilezas y distingos que emplea para, aplaudiendo á Cardenio, combatirle y desvirtuar su benéfica iniciativa. Con su estilo fluido y ocurente, con su llaneza de buen gusto, si yo no lo he entendido mal, quiere romper una lanza, no por la torre, sino por las damas (y en esto, por la parte que pueda corresponderme, le estoy muy agradecida), pero al mismo tiempo empequeñece de modo deplorable el caritativo impulso del articulista autor de «Por los pobres», hasta dejarlo reducido á una cosa sin importancia y que continua-